MONASTERIO INVISIBLE NOVIEMBRE 2026

UNO EN CRISTO, UNIDOS EN LA MISIÓN

Queridos hermanos,

hace apenas unos días se celebró la centésima Jornada Mundial de las Misiones; por este motivo, pensamos en detenernos a reflexionar sobre el significado de la misión y sobre el ser “misioneros juntos”

La misión no es una tarea reservada a unos pocos, ni concierne solamente a quien deja su propia tierra para anunciar el Evangelio en lugares lejanos. Todo bautizado está llamado a ser testigo de Cristo allí donde vive, a través de sus palabras, sus decisiones, sus gestos de atención y su capacidad de hacerse prójimo.

Pero nadie es misionero solo. Es Cristo quien nos une, nos hace hermanos y nos invita a caminar juntos, en la riqueza de nuestras diferencias. La comunión no es solo el fruto de la misión: es su condición y su testimonio más auténtico.

También el P. Antonio y el P. Marcos vivieron su misión con la mirada puesta en los jóvenes, reconociendo en la educación, en el acompañamiento y en el cuidado de las nuevas generaciones un camino privilegiado para anunciar el amor de Dios. Su carisma sigue interpe-

lándonos y nos recuerda que educar, sostener, escuchar y amar son maneras concretas de hacer presente el Evangelio.

En este Monasterio Invisible, unidos en la oración aunque vivamos en lugares diferentes, dejémonos alcanzar por la Palabra de Dios. Pidamos al Señor que renueve en nosotros la alegría del llamado misionero y que nos haga capaces de testimoniar, juntos, la esperanza que nace de ser uno en Cristo.

De la primera carta de san Pablo apóstol a los Corintios (1 Cor 12,12-14.27)

Porque así como el cuerpo es uno solo y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, aun siendo muchos, forman un solo cuerpo, así también Cristo.

Porque todos nosotros fuimos bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo, judíos o griegos, esclavos o libres; y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

Y, en efecto, el cuerpo no está formado por un solo miembro, sino por muchos. Ahora bien, ustedes son el cuerpo de Cristo y, cada uno según su parte, sus miembros.

Uno en Cristo, juntos para anunciar

Antes incluso de ser llamados a hacer algo por el Señor, somos llamados a estar con Él, a dejarnos encontrar por su amor y a reconocernos hermanos. La misión cristiana no nace de nuestra habilidad, de nuestras capacidades o de nuestros proyectos: nace del encuentro con Cristo, que nos llama y nos envía.

San Pablo nos recuerda que somos miembros de un único cuerpo. Nadie es inútil, nadie puede bastarse a sí mismo, nadie puede pensar que es el único depositario de la misión. Cada uno tiene un don que

ofrecer, una responsabilidad que asumir, una presencia que puede convertirse en testimonio.

Estar unidos no significa ser todos iguales. Significa aprender a poner nuestras diferencias al servicio de un bien mayor, sin rivalidades, sin protagonismos, sin la pretensión de tener siempre la razón. Cuando nuestras energías se dividen, el testimonio se debilita; cuando aprendemos a caminar juntos, el Evangelio se vuelve más creíble.

Pero ¿qué significa ser misioneros hoy?

Significa llevar a Cristo a los lugares donde la esperanza parece apagarse, a las familias que atraviesan momentos difíciles, junto a los jóvenes que buscan un camino, cerca de quien se siente solo u olvidado. Significa no tener miedo de acercarnos a las fragilidades, de escuchar sin juzgar, de ofrecer nuestro tiempo sin esperar nada a cambio.

Los hermanos Cavanis hicieron de la atención educativa y del amor por los jóvenes una misión de vida. Creyeron que cuidar de la juventud significaba colaborar con la obra de Dios, ayudando a cada muchacho a descubrir su propia dignidad y a construir su propio futuro.

Su ejemplo nos recuerda que la misión no se mide solamente por la distancia recorrida o por los grandes resultados alcanzados. A veces toma forma en un gesto sencillo, en una palabra que anima, en una presencia fiel, en la paciencia de quien sigue creyendo en una persona incluso cuando ella misma tiene dificultad para creer en sí.

¿Y nosotros? Tal vez no estemos llamados a partir hacia tierras lejanas, pero ciertamente estamos llamados a salir de nosotros mismos: de nuestras costumbres, de nuestras seguridades, de los límites que a veces construimos entre quienes están cerca de nosotros y quienes sentimos diferentes.

También la oración del Monasterio Invisible es misión. En el silencio, presentamos ante Dios a las personas, las comunidades, los jóvenes, las familias, los consagrados y a todos aquellos que anuncian el Evangelio. Sostenemos con la oración a quien está en camino, a quien está cansado, a quien vive situaciones difíciles, a quien necesita recuperar la valentía de volver a empezar.

No siempre veremos los frutos de nuestra oración, así como no siempre conoceremos los efectos de un gesto de amor. Pero podemos confiar: lo que se encomienda a Dios con un corazón sincero nunca se pierde.

Ser uno en Cristo significa, por lo tanto, reconocer que la misión e s de todos y que nadie la realiza solo. Cristo es el centro que nos une; el Espíritu, quien nos sostiene; el Evangelio, lo que estamos llamados a testimoniar.

Pidamos al Señor que nos haga una comunidad capaz de comunión, una fraternidad que no se encierra en sí misma, sino que se convierte en casa acogedora y puerta abierta. Para que el mundo pueda reconocer, también a través de nuestra vida, que somos sus discípulos y que su amor sigue alcanzando a todo ser humano.

Uno en Cristo. Unidos en la misión: no porque todos hagamos las mismas cosas, sino porque, con dones diferentes, todos llevamos el mismo amor. El pasaje a los Corintios presenta la imagen del cuerpo y de sus miembros, y expresa muy bien tanto la unidad en Cristo como la corresponsabilidad misionera «cada uno según su parte».



Señor Jesús,
tú nos has llamado a seguirte y nos has reunido en un solo cuerpo,
aun en la diversidad de nuestros caminos y de nuestros dones.

Enséñanos a reconocernos hermanos,
a caminar unos junto a otros, a superar las divisiones
y las cerrazones,
a construir comunión donde hay distancia, a llevar
esperanza donde hay desánimo.

Haznos misioneros de tu amor, no solo con las palabras,
sino con la vida de cada día: en nuestras familias,
en las comunidades donde vivimos, en los lugares
de trabajo y de encuentro,
junto a quien está solo, a quien sufre, a quien busca
una razón para esperar.

Te encomendamos a los jóvenes,
sus preguntas, sus sueños y sus fragilidades.
Haz que encuentren adultos capaces de escucharlos,
de acompañarlos con paciencia
y de creer en ellos incluso cuando todo parece difícil.

Bendice a quienes han consagrado su vida a la misión,
a quienes educan, a quienes anuncian el Evangelio, a quienes
cuidan de los más pequeños y de los más frágiles.
Bendice a la familia Cavanis, para que,
fiel al carisma de sus fundadores,
siga testimoniando tu amor a través del servicio
a los jóvenes y a las familias.

Y bendícenos también a nosotros, que en el silencio de la oración
deseamos sostener a tu Iglesia y su misión.
Cuando no podamos partir, enséñanos a orar;
cuando no podamos hacer mucho, enséñanos a amar;
cuando nos sintamos solos, recuérdanos que estamos unidos en ti.

Haz que nuestras diferencias se conviertan en riqueza,
nuestras manos en instrumentos de bien,
nuestros corazones en morada de tu presencia.

Para que, a través de cada uno de nosotros y de la
comunión que sepamos vivir,
el mundo pueda encontrar tu rostro y reconocer la fuerza de tu amor.

Uno en Cristo, unidos en la misión, hoy y cada día. Amén.